

RICHARD MOORE

LA CARRERA MÁS SUCIA DE LA HISTORIA

*BEN JOHNSON, CARL LEWIS Y LA FINAL
DE LOS 100M LISOS DE LOS JUEGOS
OLÍMPICOS DE 1988 EN SEÚL*



© Richard Moore 2012, del texto original.

Esta traducción ha sido posible gracias al acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2018.

Bilbao-Galdakao errepeidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: septiembre 2018

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturrealde

Portada y maquetación: Amagoia Rekero García

Foto portada: Romeo Gacad (Getty Images)

Fotos interior portada: Tony Duffy y Bettmann (Getty Images)

ISBN: 978-84-949111-1-8

Depósito legal: BI-1398-2018

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

ÍNDICE

La búsqueda.....	9
Prólogo: ¿La mejor carrera de la historia?	11

PRIMERA PARTE: CARL Y BEN

El club de atletismo Santa Mónica	23
Cogiendo margaritas.....	33
Ben y Charlie.....	49
Un chico callado	69
La raíz de todos los males.....	89
Quiero que empecemos algo	105
El príncipe y los documentos desaparecidos.....	131

SEGUNDA PARTE: RIVALES

Lewis 8, Johnson 1	149
El gran Ben y el rey Carl	171

PARTE TRES: SEÚL

Eludiéndose	207
Los juegos del aperturismo	241
Sudando a mares.....	265
La bala humana.....	275
Negar, negar y volver a negar.....	293
El hombre misterioso.....	321
Epílogo: Un momento diferente, una zona horaria diferente, la misma historia	343
¿Qué fue de ellos?	357
Estadísticas.....	365
Entrevistas	369
Bibliografía y lecturas complementarias.....	371
Agradecimientos.....	375
Índice onomástico.....	379

LA BÚSQUEDA

Este libro cuenta la historia de cuatro hombres fuera de lo común: Ben Johnson, Carl Lewis, Charlie Francis y Joe Douglas. Tanto Johnson como Douglas se mostraron siempre dispuestos a hablar, y no podría haber deseado más ayuda por su parte. Francis, el entrenador de Johnson, falleció en el año 2010. En cuanto a Lewis, lo cierto es que se mostró tan poco receptivo que el título podría haber sido perfectamente *Persiguiendo a Carl Lewis*.

Intenté ponerme en contacto con él a través de su agente, quien acabaría convirtiéndose en exagente durante el transcurso de mis trabajos. Lo intenté a través de su cuñada, quien ahora desempeña esas labores de agente. Nunca me devolvió ninguna llamada o correo electrónico. Recurrí a algunos amigos. Hasta que por fin di con él, en una tienda de la calle Oxford de Londres. Fue un encuentro inesperado y extraño, aunque de alguna forma, era la única manera en que podía haber sucedido

¿Que por qué se llama este libro *La Carrera Más Sucia de la Historia*? Mi intención es la de mostrar el marco general, y no ceñirme tan solo al dopaje: quiero también descubrir los diferentes tipos de embustes y corrupción que entraron en juego, y el legado que hasta hoy día nos ha dejado la final de los 100 metros lisos de los Juegos de Seúl. Algunos prefieren abordar el caso desde un punto de vista más ambiguo; ambivalente, incluso. Dicen que fue la mejor carrera de todos los tiempos. Y puede que así fuera.

«Las estrellas de la pista
y el foso son tan hermosas».

BELLE AND SEBASTIAN

PRÓLOGO

¿LA MEJOR CARRERA DE LA HISTORIA?

SEÚL, SÁBADO 24 DE SEPTIEMBRE DE 1988, 13:20 HORAS

Ben Johnson apoya las manos en sus caderas, mirando a la calle que se extiende ante él. Su pose le da un aire de estudiada tranquilidad, y contrasta con su cabeza inclinada, sus ojos entornados y lo dilatado de sus pupilas. Viendo su expresión, no parece que esté contemplando los cien metros de pista porosa que se extienden ante él; parece más bien que contempla a alguien que lo haya desafiado a luchar.

Johnson templa nervios mientras camina unos pasos hacia el fondo de la pista. Despacio, mueve en círculos sus enormes hombros, sacudiendo sus brazos. Después se gira y regresa a sus tacos de salida. Justo al llegar se le acerca una figura por la espalda.

Carl Lewis. Tanto en la zona de calentamiento como sobre la pista, Lewis se ha ido acercando al resto de finalistas de la carrera de 100 metros lisos, estrechándoles la mano y mirándolos a los ojos en un gesto que parece decir: *no importa lo que ocurra ahí fuera, seguimos siendo amigos.*

Pero en lo que concierne a Johnson, no lo son. Lewis le ofrece su mano, pero Johnson no parece inmutarse. Por fin se gira, apenas un ápice, devolviendo el saludo —que no la mirada— para

arrepentirse acto seguido. Como explicará tiempo después, «No estrecho la mano a nadie. No somos amigos. Estoy aquí para ganar. Lo único que intenta Carl es que la gente se ablande».

Lewis regresa a su calle, la número tres. Se deshace de su chándal, totalmente blanco. Johnson, desde la calle seis, se quita una camiseta amarillo pálido. Bajo esas prendas, ambos visten camiseta y pantalón rojos: la equipación de Johnson es completamente roja, lo mismo que un buzón británico. La de Lewis tiene una franja blanca. Johnson luce un grueso collar de oro que más que colgar de su cuello, parece reposar sobre su busto musculado. Esta es una carrera entre Johnson, de Canadá, y Lewis, de los Estados Unidos. Las otras seis calles pertenecen a meros figurantes carentes de importancia.

Ellos dos son los que hacen esta carrera tan interesante; y tan seductora su rivalidad. También está ese desdén que ambos se profesan. Johnson es rudo. Lewis tranquilo. Johnson exuda agresividad: parece un boxeador, un toro. Lewis es como una mariposa: elegante, grácil, de maneras delicadas. Durante las semanas que precedieron a los Juegos apareció en las televisiones disfrazado como una estrella, vistiendo un traje rojo brillante y lamé dorado, aunque sin esa hermosa fluidez que destilaba al correr, cantando y bailando:

«Dios le ha dado un don especial.
¡Es una estrella! ¡Una estrella!».

Mientras tanto, Johnson había estado tumbado a la bartola en una playa de la caribeña isla de San Cristóbal, comiendo y bebiendo, engordando y discutiendo con su entrenador, mientras se recuperaba de una lesión que había puesto en jaque su participación en los Juegos. «La primera vez que pude disfrutar de la vida», como recordaría con melancolía más de dos décadas después. «Nunca, jamás, me había divertido tanto como en San Cristóbal, antes de Seúl».

Y de alguna forma, pese a las distracciones que suponían grabar videoclips de música pop y estar tumbado en la playa, ambos atletas aparecieron en el mejor estado de forma de sus carreras, con Lewis intentando ser el primer hombre que lograba defender el título de campeón olímpico de los 100 metros lisos, y Johnson pujando por confirmarse como el hombre más rápido sobre el planeta. El equipo de comentaristas de la NBC, compuesto por Charlie Jones y Frank Shorter, coincidía en que era muy probable que esta fuera la primera final olímpica de los 100 metros lisos a la que dos velocistas llegaban tan igualados, con ambos en la cima de sus carreras. Por eso es la carrera más esperada de la historia.

Y aún con todo esto, la final de los 100 metros lisos de los Juegos Olímpicos de Seúl acabaría sobrepasando todas las expectativas.

La batalla psicológica comenzó en la zona de calentamiento, antes incluso de pisar la pista. «La zona de calentamiento es el lugar en el que se aprende todo acerca del atletismo», afirma el entrenador británico Frank Dick. Dick se encontraba apoyando al velocista británico Linford Christie, pero su atención acabaría centrándose en los campeones norteamericano y canadiense. «Lo que ocurre, al final, en la pista, no es nada. Lo que de verdad importa es lo que ocurre en esta zona. Se podía ver cómo actuaba cada uno, y la manera tan diferente que tenían de encarar la carrera. La hosquedad de Johnson y la rimbombancia de Lewis. Eran como dos púgiles. Gladiadores. Los pesos pesados. Había tal tensión que... hacía que te corriesen escalofríos».

En el estadio, la tensa espera golpea en forma de ruido, un ruido que es a la par grave y agudo. Parece el zumbido producido por un enjambre de 90.000 abejas, con estallidos regulares de aplausos, gritos de «¡Ben!», o de «¡USA!». Pero nunca «¡Carl!». Las cámaras de televisión hacen una panorámica de las calles. «Por la calle seis, el número 159, el campeón del mundo y actual poseedor del récord mundial, Ben Johnson, de Canadá», anuncia, con acento norteamericano, el comentarista del estadio.

Johnson es quien se lleva el mayor aplauso. «Volvemos a rogarles silencio durante la salida, por favor», apela el comentarista una vez que ha presentado a los dos velocistas que quedan. El ruido decrece una octava. La atmósfera está cargada. Como dice Dick, produce escalofríos.

Se llama a los velocistas. Estos se adelantan en tres oleadas: cuatro pasos por delante, el primer grupo está liderado por el canadiense Desai Williams, con las fosas nasales tan grandes como campanas y rezumando agresividad; lo siguen Calvin Smith, Dennis Mitchell y Christie. Robson da Silva, Raymond Stewart y Lewis aparecen un paso por detrás. Tras una pausa mayor, aparece sin atisbo de prisa una figura solitaria. Johnson. Parece que esté en una zona horaria diferente.

Atten-hut! Orden en coreano, una llamada de atención. A sus marcas.

Se colocan en los tacos. Lewis hunde sus pies como lo haría un escalador que quiere asegurarse de la solidez del sitio sobre el que pisa. Johnson, que continúa en su propia zona horaria, es el último en situarse sobre los tacos: parece que sus hombros traten de extender sus brazos al máximo; tanto, que sus manos llegan a los extremos de la calle. Más que hundir sus pies en los tacos, los retuerce sobre ellos. «¿Quién será el último en situarse?», pregunta David Coleman, comentarista de la BBC. «Johnson no va a caer en ningún juego. Todos saben que Lewis siempre trata de minarles un poco la moral».

Lewis posa una rodilla. Yergue el tronco con la mirada perdida en la distancia, y el brazo izquierdo descansando sobre el muslo. Se rasca la nariz, y por fin inclina la cabeza y fija la mirada en el tartán. Johnson, más compactado y cerca del tartán, se prepara. De nuevo se sitúa en un marco diferente: mientras los otros siete contrincantes agachan la cabeza como si estuvieran rezando, Johnson está erguido, con la mirada, muerta, focalizando el final de la recta.

Atten-hut! Preparados... listos...

¡Bang!

Johnson arremete hacia adelante, lanzando los brazos hacia atrás como si estuviera atravesando las aguas a nado. En lo que tarda en disiparse la voluta de humo que ha escupido la pistola de salida, ya les lleva un pie de ventaja al resto. La imagen que habíamos visto en los tacos se repite, pero, al contrario: siete hombres formando una fila igualada mientras que Johnson sigue en solitario, solo que esta vez un paso por delante, alcanzando su máxima velocidad mientras Lewis todavía continúa enderezándose.

«¡Salida válida!», dice Charlie Jones de la *NBC* cuando se consumen los primeros diez metros y Ben Johnson aventaja a Carl Lewis en seis centésimas de segundo.

TORONTO, FEBRERO DE 2011

«Llegué con cincuenta años de adelanto», dice Ben Johnson con un tono tan satisfecho como triste. «Yo era capaz de hacer lo mismo que hace hoy en día Usain Bolt. La velocidad a la que él es capaz de correr en estas pistas tan rápidas de hoy en día es la misma a la que podría haber corrido yo». Y lo repite, «Llegué con cincuenta años de adelanto. ¡Cincuenta años!». Lanza una carcajada, la misma que lanzaría ante una broma pesada.

Ha sufrido episodios depresivos durante los últimos veintitrés años, sobre todo durante la última década. Pero han ido remitiendo y se encuentra mucho mejor en la actualidad. Hundido en un sillón de una de las habitaciones de su casa de las afueras de Toronto, Johnson contempla a Bryan Farnum, un hombre gigantesco que cruza sus manos sobre un inmenso estómago. Farnum es el consejero espiritual de Johnson. Cierra los ojos y asiente despacio. «Ben lo está haciendo muy bien. Su depresión, ese peso que cargaba sobre sus hombros, ha desaparecido por completo».

«Me encuentro más tranquilo», concede Johnson. «Paz mental».

Pero en cuanto la discusión comienza a girar en torno a su relación con Carl Lewis, ya no parece tan claro que haya

encontrado esa paz. Hay aspectos en los que sigue aferrado a esa vieja rivalidad. ¿Es cierto que odiaba a Lewis? «Bueno, era mi rival, así que no quiero ser amigo de alguien a quien tengo que vencer», explica Johnson. «Fue mi primer y último gran rival. El único».

«Pero no lo he visto en persona desde hace veinte años. Una vez lo vi en la televisión, cantando el himno nacional».

«Yo lo vi hace poco», le digo a Johnson.

«¿Y qué pinta tiene?».

«Parece estar muy bien. Le van saliendo algunas canas».

«Hay gente que dice que está muy avejentado».

«Sí que se mueve de manera un poco rígida», le respondo.

«¿Rígido?». Johnson reacciona. «¿A qué te refieres?».

«Pequeñas sacudidas».

«¿Como si estuviera dolorido?», pregunta Farnum. Johnson se mueve hacia adelante, escuchando con atención.

«Te dije que acabaría teniendo problemas, Ben», dice Farnum. «Podía percibirlo. Y ahora Richard lo confirma».

Johnson vuelve a hundirse en el sofá. Parece satisfecho.

«¡Increíble!... NUEVE!... ¡SIETE!... ¡NUEVE!».

Charlie Jones, de la NBC, se queda ronco después de que el cronómetro se detenga. Cuando Johnson cruza la línea, gira la cabeza a la izquierda, en dirección a Lewis, con ese gesto que siempre definirá la carrera: el brazo derecho alzado, y el dedo señalando al cielo. Lewis está más de dos metros por detrás. Acto seguido, Johnson se gira hacia la multitud, aceptando su adulación.

La salida ha sido extraordinaria. Pero no es lo más importante de los 100 metros que Johnson acaba de correr, sino el hecho de que durante el resto de la carrera fuese aumentando la distancia. Johnson pudo celebrar la victoria durante los últimos diez metros, y aun así terminar en 9,79, rebajando en cuatro centésimas de segundo el récord mundial. Su propio récord.

«Y así, así, es como se responde a todas las críticas», dice David Coleman, «ya no hay duda acerca de quién es el hombre más rápido sobre la tierra. Es el monarca absoluto...».

«Seguramente sean los cien metros mejor corridos de la historia desde el aspecto técnico», dice Frank Shorter. «La carrera estaba sentenciada tras apenas cincuenta metros. Tenía una marcha más que no habíamos visto nunca, ni tan siquiera el año pasado».

Lewis tuerce el gesto al cruzar la meta, mientras su mandíbula se relaja. Mira al cielo y balbucea algo más parecido a una maldición que a una plegaria. Es la imagen de alguien que acaba de presenciar un suceso traumático. Parece que se le vayan a saltar las lágrimas. Durante la segunda mitad de la carrera, Lewis lanzó tres miradas furtivas a Johnson: a los 65 metros su cabeza apuntó a la bala humana, y como si no fuera capaz de creerlo, volvió a sentirse obligado a mirar en otras dos ocasiones, durante los últimos 20 metros. Los metros en los que normalmente estaría cerrando el hueco. Aunque estuviera corriendo los 100 metros lisos más rápidos de su vida, una expresión de angustia y horror se dibujó en su cara durante la mayor parte de la carrera. Acercándose a la meta, gravitó hacia la derecha, hacia su rival, como si Johnson ejerciera un impulso magnético. Después, el plano frontal revelará que Lewis pisa claramente fuera de su calle en los últimos diez metros.

Pasada la meta, Lewis trota tras Johnson. Pero el intercambio entre ambos —una vez más Johnson se gira apenas un ápice mientras se produce otro cruce de manos— es somero. Johnson no sonríe cuando lo mira. Más bien se le nubla el rostro. Lewis contempla la gran pantalla perplejo, viendo a Johnson dar la vuelta triunfal mientras ondea la bandera canadiense. Y entonces, el vencido concede una entrevista a la NBC. «No siento que haya corrido mi mejor carrera de estos Juegos», dice Lewis. «Lo único que puedo decir es que anoche hablé con mi madre, y me dijo que dos noches antes había soñado que mi padre decía "Estoy bien", y es lo único que siento, que he dado todo lo

que tenía». Su padre, Bill, había fallecido el año anterior. Carl lo había enterrado junto a la medalla de oro de los 100 metros que había ganado en los Juegos de Los Ángeles, y la promesa de que ganaría otra en Seúl a cambio.

¿Se había percatado de la explosividad de la salida de Johnson? «Lo cierto es que no lo he visto hasta llegar a los 60 o 70 metros», contesta Lewis, aún visiblemente sorprendido, todavía angustiado. «Debe de haberse subido en un cohete... he intentado hacerlo lo mejor que he podido y yo... yo estoy satisfecho de mi carrera».

«Bueno», continúa Charlie Jones mientras Lewis, cabizbajo, desaparece en las entrañas del estadio, «la espera ha terminado, y todas las dudas han quedado disipadas».

Una vez que hubo terminado la vuelta de honor, preguntaron a Johnson qué era lo que más valoraba, el récord del mundo o la medalla de oro. «La medalla de oro», respondió, «porque es algo que no te pueden arrebatar».

La noticia estalló cincuenta y cinco horas más tarde.

Eran los tiempos en los que los grandes canales de televisión no construían un platón desde el que presentar un gran evento en el mismo lugar en que se desarrollase dicho evento, sin importar que pueda resultar ser el sitio más exótico. En el Reino Unido, la cobertura olímpica se emitía desde Londres, lo que otorgaba una familiaridad peculiar a esos eventos que se desarrollaban en lugares poco conocidos, zonas horarias diferentes, y bajo un calor tan abrasador que gran parte de la señal se recibía con una capa brumosa, como sacada de un mundo diferente.

En contraste a lo que ocurría en Seúl, el elegante Des Lynam, presentador de la BBC famoso por su encantadora languidez y gracia, hizo su aparición en un estudio de televisión brillantemente iluminado, para presentar *The Olympics Day*. Había pocas imágenes tan familiares y tranquilizadoras como la de Lynam: su tono de voz calmado y meloso, su cabello grisáceo y su oscuro bigote. Ese día llevaba un blazer azul oscuro y

una corbata a rayas. Un pañuelo de seda amarillo pálido sobresalía de su bolsillo.

Todo era absolutamente ordinario, hasta que vimos cómo alguien, fuera de pantalla a su izquierda, le pasaba una nota. Lynam escaneó rápidamente la nota. Y volvió a mirar a la pantalla. No exteriorizó gran cosa, pero su tono cambió de manera casi imperceptible. De hecho, quedó patente que acababa de suceder algo imposible: Lynam estaba alterado. «Atención», dijo mirando directamente a la cámara. «Me acaban de pasar una nota que, en caso de confirmarse», tragó saliva y meneó la cabeza de manera solemne «será la noticia más dramática de estos Juegos Olímpicos, y puede que de muchos de los que los sigan».